

# TESTIMONIOS SOBRE SERGIO PITOL

> > > 1933 - 2018

**A**lgunas de las múltiples facetas de Sergio Pitol: viajero, amigo, editor, maestro, melómano, traductor, hombre generoso, amante de las artes plásticas, interesado en los animales, curioso por todo y, desde luego, escritor, se hacen presentes en estos testimonios recogidos tras el reciente fallecimiento del Mago de Viena.

¶ **Alejandro Badillo, escritor.** La obra de Sergio Pitol es un homenaje al diálogo que puede generar la literatura. En sus novelas y relatos asistimos al deslumbramiento del lenguaje, a la búsqueda de encuentros que potencian la imaginación y la peripecia. En sus crónicas y memorias podemos ver el ideal del escritor: la vida entremezclada con

la literatura; dos ámbitos que, con el paso del tiempo, se vuelven uno solo. Mirando parajes solitarios, recorriendo países cubiertos de nieve, habitando ciudades inmersas en la penumbra, escribió páginas llenas de interrogantes. En sus traducciones y en el afán voluntarioso por compartir sus lecturas, acercó literaturas con el tesón de los antiguos comerciantes, caminantes valerosos que atravesaban desiertos y planicies casi infinitas para ensanchar las fronteras de sus contemporáneos. Él supo que traducir es inventar una nueva lengua y, por eso, dedicó largos espacios de su vida a esa labor. Gracias a él y a los proyectos editoriales que encabezó, la literatura mexicana pudo establecer un diálogo más allá de los límites de su tiempo; Gombrowicz, Jaroslav Hašek, Kazimierz Brandys, Henry James y tantos otros fueron nuestros gracias a la vocación férrea de Pitol, quien supo, como pocos, que los libros sirven para construir puentes.

¶ **Paola Beltrán, autora de sendas tesis de licenciatura y de maestría sobre Sergio Pitol.** Leí a Sergio Pitol por primera vez cuando tenía 19 años: no lo entendí. Tuvieron que pasar algunos más para que, por obligación, lo leyese de nuevo; la sensación fue la misma: no entendí, pero quedé maravillada por su escritura. Ese fue el comienzo de nues-

tra historia juntos. La obra de Pitol tiene esa particularidad: las palabras atrapan, aunque a veces el sentido se escape; es uno de esos autores que nos incitan a releer. Puedo decir que, aunque él no sabía de mi existencia, formaba parte de mi mundo real, de la cotidianidad en que me desenvuelvo y en donde, además, a veces el azar nos juntaba. Me parece que lo conozco y simultáneamente advierto que eso es parte de la ficción, de la suya y de la mía.

¶ **Leticia y Byron Brauchli; investigadora del IIL-L; fotógrafo.**

Conocimos primero a *Sacho*, en el parque de Los Berros, hacia 1993 o 1994. *Sacho Pitol*, como lo llamaban los niños de Pino Suárez y Bremont, era el magnífico perro *bearded collie* del maestro Sergio Pitol. Fue *Papageena*, nuestra querida *collie/golden retriever*, la causante. Entre risas, tirones y sorpresa vimos acercarse a un hombre elegante y distinguido que pedía disculpas por el jugueteón de *Sacho* que había escapado de su cuerda. Preguntó el nombre de la compañera a la que *Sacho* olfateaba, y rió ampliamente cuando lo escuchó: Mozart, *La flauta mágica*, dijo. Ha habido otros ilustres caninos y gatos, cual debe ser en una familia de músicos, le dijo Byron riendo: *Zerlina*, *Figaro*, claro, *Turandot* y *Tristán...* a cada nombre mencionaba la ópera y el compositor, lo que nos encantó, dado el amor de Byron por la música. Varios días después, encontramos que había dejado en casa un paquete de libros, un gran hueso y una dirección para que pasáramos a verlo. Desgraciadamente viajábamos a Austin al día siguiente. Cuando le escribimos para agradecerle el detalle y expresarle nuestro sincero deslumbramiento ante un escritor que no conocíamos, no esperábamos respuesta. Nuestra sorpresa fue enorme cuando iniciamos una correspondencia de varios años... Ese es el Sergio Pitol al que nosotros recordamos, y con esa imagen

de los perros, la música y los libros queremos recordarlo siempre.

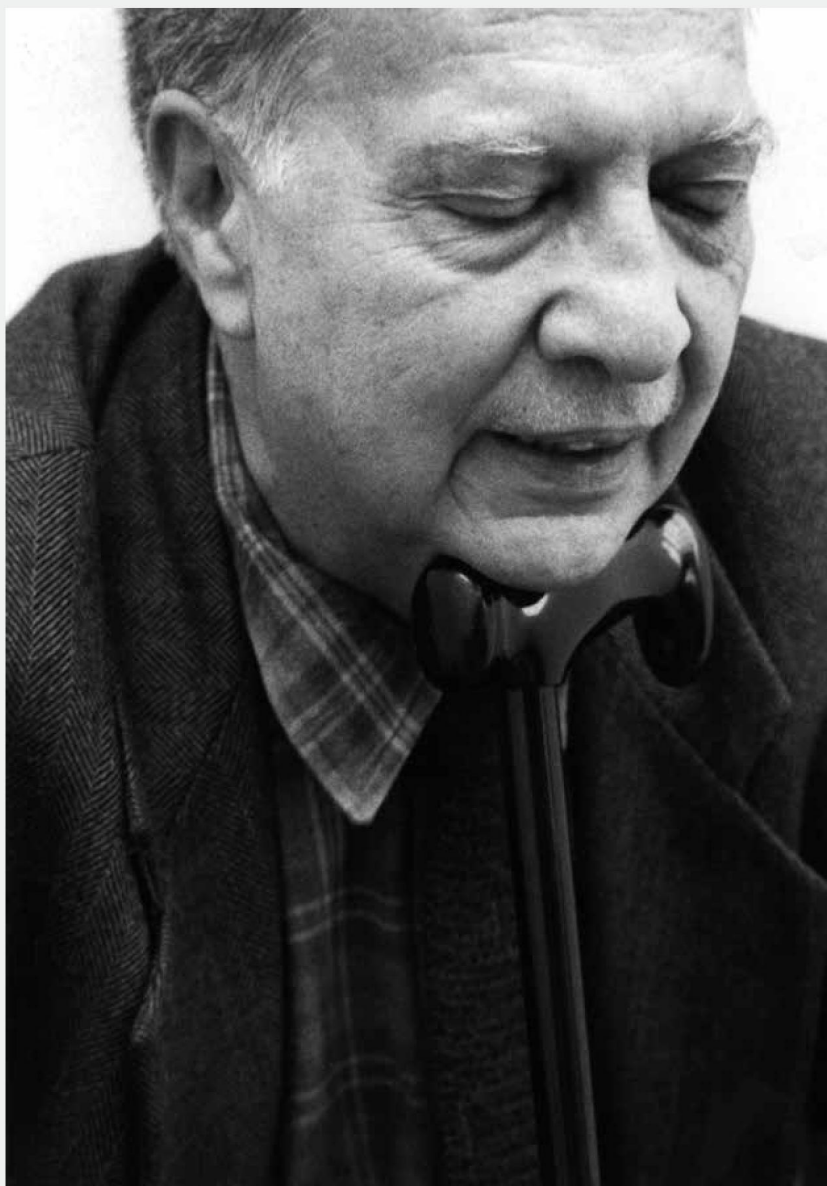
¶ **Alfonso Colorado, ensayista.**

Aunque a Pitol no le habría gustado esta denominación, su obra es también la de un pensador y un humanista. Sus textos iniciales abordan el derrumbe del Antiguo Régimen y la instauración del nuevo, incluyendo episodios como la Guerra Cristera. Sus novelas, no por estar en clave paródica, dejan de analizar con denuedo la transformación política y social de México y América Latina. Es asimismo un cronista excepcional del régimen de López Mateos, del grotesco final del salinato y de la *perestroika*. Sus últimos ensayos tratan temas como la globalización y la necesidad de mantener una actitud crítica.

¶ **Monika Dąbrowska, autora de una tesis de doctorado sobre Sergio Pitol.**

La noticia sobre el último viaje de Sergio Pitol me toma de imprevisto. Tan cercana queda en la memoria la imagen del maestro Pitol recibíendome en su casa de Xalapa, a raíz de mis indagaciones acerca de su obra. Era marzo de 2013. El autor veracruzano, repetidamente leído e imaginado, se muestra acogedor y cordial. Me invita a sentarme en su estudio y me enseña recuerdos de múltiples viajes. Pregunta por Polonia y se alegra de que la biblioteca de la Embajada de México en Varsovia lleve su nombre. Con asombrosa generosidad me regala algunos ejemplares que le acaban de llegar y dos fotografías suyas: una de su infancia y otra en un aeropuerto, con maletas.

La imperiosa necesidad de desplazamiento, de conocer nuevos países y lenguas, de salir al encuentro de lo desconocido, fue el motor de la vida y la escritura de Sergio Pitol. Como pocos latinoamericanos, logró reencontrarse consigo mismo viajando hacia Varsovia, identificarse con Iván, niño ruso, y elogiar el cuento polaco. Necesitaba viajar y sabía viajar.



Sergio Pitol. Fotografía de Alberto Tovalín

Así como logró traspasar el umbral de Europa del Este, en su última partida disfrutará de la patria definitiva.

¶ **Agustín del Moral, narrador, editor responsable de la Biblioteca del Universitario.**

Conocí de cerca a Sergio Pitol editor. Trabajé con él en la edición de la Biblioteca del Universitario de la UV, su autobiografía literaria. Creo que supo hacer coincidir en ella sus gustos y sus preferencias con las necesidades y los intereses de jóvenes que se inician en la lectura. Su Presentación es un

ejemplo de *didáctica* en y para la defensa del libro (el libro impreso), la lengua, el lenguaje, la palabra, la literatura y la lectura. Fui testigo del gusto y el entusiasmo con que revisaba las propuestas de ilustraciones que los muchachos le presentaban, así como del celo y el cuidado con que revisaba los prólogos y, en su caso, hacía recomendaciones al autor del mismo. Creo, en fin, que supo hacer de la BU la herramienta de lectura y formación humana que es hoy en día más allá de las fronteras de la UV, y que supo dignificar y enriquecer con

creces la labor, a veces injustamente menospreciada o subvalorada, de esa *rara especie* llamada editor.

¶ **Ester Hernández Palacios, investigadora del IIL-L.** Conocí a Sergio Pitol, el ser humano, desde su llegada a Xalapa en 1993; al gran escritor lo había encontrado antes como lectora. Para honor y orgullo de todo el personal académico de la Facultad de Letras Españolas y del entonces Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias, ingresó a la Universidad Veracruzana. Su sencillez y su afabilidad me permitieron acercarme al ser humano generoso y cálido, respetuoso e interesado en todos los seres vivos cercanos a sus espacios y tiempos. Amante no sólo de los libros sino de los perros, nos compartía estos intereses, su buen humor y su alegría de vivir. Tuve la enorme fortuna de acompañarlo cuando recibió el Premio Cervantes, de convivir con él y con Juan Villoro durante mi estancia en Madrid para esa ocasión; como también la tuve las veces que, en la mesa de mi casa, compartió con mi familia y nuestros amigos el pan y la sal. Su obra literaria mantendrá vivo su genio en las futuras generaciones de lectores y el recuerdo del hombre sabio, cálido y bueno quedará entre quienes tuvimos el privilegio de tratarlo.

¶ **Mercedes Lozano, profesora de la Facultad de Letras Españolas de la UV.** Guardo viva la presencia de Sergio Pitol como maestro de la Facultad de Letras en la UV, cuando se incorporó tras regresar de su larga estancia europea. Su compromiso era admirable; su pasión por la enseñanza, contagiosa: en sus clases se emocionaba entretejiendo relaciones y digresiones asociadas con su vastísima cultura y sus recuerdos personales. Los alumnos lo admiraban, pero también lo querían por su trato cercano y generoso.

Los días de incomunicación por la afasia no lo alejaron de nosotros.

En compañía de Guillermo, su asistente y entrañable amigo, paseaba con frecuencia por los pasillos de nuestro edificio y se asomaba por la puerta mientras yo impartía clases. Entraba al salón con una mirada bondadosa y una sonrisa radiante. Estos nuevos estudiantes que no tuvieron la fortuna de asistir a sus cursos se sorprendían al ver que una gloria de la literatura, cuyo nombre veían en libros y estudios críticos, aparecía con campechana sencillez para compartir, por unos momentos, las rutinas que él tanto disfrutó. Ahora comprendo que esas visitas, cada vez más aisladas, fueron su emocionada y silenciosa despedida.

¶ **Germán Martínez Aceves, Editorial de la UV.** Sergio Pitol era la amabilidad en persona, con su sonrisa franca y su mirada analítica que no perdía detalle. La admiración y el asombro lo acompañaban: parecía que constataba a cada momento que “todo está en todo”.

Conocerlo en persona causaba la sensación de estar frente a un sabio que viajaba libre sin fin, arropado por los libros de todo el mundo. En cada palabra, en cada gesto, eran notorias las horas y horas de lectura. Gran receptor de la literatura universal e incansable creador de cuentos, novelas y ensayos, encontró en sus traducciones el puente generoso que nos acercó a escritores imprescindibles.

De su casa, en la calle Pino Suárez, salía para encontrarse con los amigos, acompañar sus pasos junto con su perro o emprender de nuevo otro viaje que lo llenaría de lecturas diversas. Sabemos que, de nueva cuenta, cruzó la puerta para emprender una nueva travesía. A la mano nos dejó sus recomendaciones literarias, tarea para que, cuando nos volvámos a encontrar, la tertulia tenga la consistencia de la amistad y la plática interminable.

¶ **José Luis Martínez Morales, ensayista, investigador del IIL-L de**

**la UV.** “Eres el escritor veracruzano más cosmopolita”, le decía yo a Sergio. Él nomás sonreía. Como sonrió también cuando le pregunté: “¿te consideras poblano o veracruzano?”, a lo que me contestó: “soy veracruzano, nací en Puebla porque mi madre iba a tener un parto muy delicado y en Córdoba no había una clínica que le ofreciera las condiciones idóneas”.

Sin embargo, para Sergio no existieron las fronteras: viajero constante, él mismo creó rutas hacia mundos imaginarios propios y abrió las aduanas de nuestro idioma para las literaturas extranjeras. “Siempre hay que tener ventanas hacia el exterior”, me decía.

A Sergio le agradezco, además de la gratificante lectura de sus obras, su desmesurado reconocimiento y afectiva gratitud hacia mi persona porque decía que yo le ayudé a reingresar a la Universidad Veracruzana. Yo simplemente fui un instrumento de su destino, pero “Con una mano en la nuca” (cuento que me dedicó en sus *Obras reunidas*) y otra en el corazón, agradezco infinitamente la amistad que me brindó.

¶ **Lino Monanegi, ensayista.** Conocí al maestro Sergio Pitol hace 10 años, tras una conferencia en torno a su obra en la FILU 2008. Yo recién había entrado a estudiar Letras y llegado a vivir a Xalapa. Después del conversatorio, me acerqué al maestro cuando estaba por atravesar el umbral de la puerta, en franca huida, y le pedí que me permitiera retratar con él. Aunque era evidente que había interrumpido su carrera, aceptó de modo cordial. Un amigo, Bryan Klett, tomó mi cámara y la hizo de fotógrafo, mas sucedió que la cámara se obstinó; primero, no abrió su lente automático, después se apagó la muy lerda, y por último, vuelta a encender contra su voluntad, fundió en negro su pantalla digital en señal de protesta. El maestro Sergio, naturalmente, se desesperó, su sonrisa desapareció y comenzó a repetirme “tengo prisa,

tengo prisa”. Yo insistía que en segundos se arreglaría y Bryan no tenía idea de cómo hacer funcionar el aparatejo aquel al que terminó dando unos golpecitos sobre la palma de su mano abierta, remedio eficaz que lo hizo funcionar. Bryan advirtió con el consabido conteo que estaba por darle clic a la cámara... “ahí va, una, dos, tres...” ¡Flash! Destelló la cámara ¡Por fin! El maestro, visiblemente molesto, evitó que se tomara una segunda foto; prontamente se desembarazó de mí, no sin antes decirme, tartamudeando un poco: “Revise la foto, le pinté cuernos”.

¶ **Gustavo Pérez, ceramista.** Recuerdo con claridad que una tarde lluviosa de 1992 apareció Sergio Pitol en la puerta de mi taller. Su llegada absolutamente inesperada que, según me explicó, se debía al interés por mi trabajo, dio lugar, al paso de los años, a una gran confianza y cercanía mutuas que me permitieron disfrutar con frecuencia de su compañía y su visión, de su alegría y su enorme entusiasmo por todo. Porque Sergio era eso: una curiosidad infinita. Grandes escritores del mundo han externado lo que vale su obra; a mí no me corresponde semejante tarea. Pero sí puedo hablar de la profunda huella que su amistad dejó en mí: tantas conversaciones, discusiones, risas comidas, cenas, conciertos, exposiciones, viajes y amigos compartidos.

Es verdad –y fue terrible– que en sus últimos años la vida le robó algo esencial. Sergio, ese conversador inagotable y entusiasta de pronto se quedó sin poder decir nada. Tuvo que enfrentar esa realidad trágica. Y aunque ya no lo pudo escribir, pienso con frecuencia que la lectura atenta de su obra mostrará cierta conciencia intuitiva de ese penoso y lamentable destino: quedarse sin voz.

Estos últimos años fueron de tristeza y dolor para los que lo quisimos. Ahora que al fin descansa, nos queda la posibilidad reconfortante

de seguir leyéndolo, interrogándolo, tratando de entenderlo y disfrutar de su compañía.

¶ **Leticia Tarragó, pintora.** Llegamos a Gdynia, Polonia, el 2 de noviembre de 1963. En un viaje que duró toda la noche, fuimos en tren hacia Varsovia, dentro de un vagón atestado de gente. Por la mañana, al llegar al Ministerio de Cultura, apareció Sergio Pitol y nos saludó con efusividad, como si fuéramos ya amigos entrañables. Una vez realizados los trámites de la beca, nos llevó a Fernando [Vilchis] y a mí al Hotel Bristol. En ese momento dijo: “A conocer Varsovia”, ¡y así ocurrió! Recorrimos la ciudad a la que él había llegado tres semanas antes desde China, luego de dos años de estadía, en el tren transiberiano. Esa noche marcó el comienzo de una amistad que duraría para siempre. ¡Gracias, Sergio!

¶ **Rafael Toriz, ensayista.** La obra de Sergio Pitol, dueño de una personalidad múltiple y de un criterio literario irrefutable, es un instante original dentro de la literatura mexicana, no sólo por su conocimiento de la complejidad de la novela y la magnética elegancia de su prosa sino sobre todo por su trabajo sostenido como traductor literario de excelencia.

La calidad de sus traducciones brilla en su castellano gimnástico, vigoroso, por su elasticidad y capacidad de expansión. Pitol nos enseñó, con su magisterio, sus libros y charlas íntimas, que la excentricidad no se cultiva sino que se asume como una preciada pertenencia. Ha sido para mí una inmensa alegría haber conocido al escritor y al hombre, un espíritu joven, vasto y generoso.

¶ **Magali Velasco Vargas, escritora, directora de la Facultad de Letras Españolas de la uv.** A los 18 años comencé la carrera en la Facultad de Letras; entonces se convocó, bajo selección, a un taller de creación con

Pitol y, para mi sorpresa, fui aceptada. Esas tardes escuchándolo marcaron definitivamente mi vida: decidí que sería escritora, y que los libros y las historias serían parte fundamental de mi existencia; que estudiaría y haría lo que fuera necesario para viajar, porque en el viaje estaba la enseñanza. Sergio Pitol me abrió las puertas de su casa, aceptó leer un manuscrito de cuentos cuando yo tenía 20 años, me alentó a seguir escribiendo, a buscar otros caminos.

¶ **Nidia Vincent, profesora de la Facultad de Letras Españolas de la uv.** Una tarde de octubre de 1996, Sergio Pitol vino a la casa a visitarme. Yo tenía en brazos, de apenas tres semanas, a mi hija Lucía; él venía radiante con un espléndido regalo: *El arte de la fuga*, que recién salía de la imprenta. Nos abrazamos, nos felicitamos mutuamente. Los dos nos sentíamos plenos. Ya conocía yo parte de este nuevo libro y lo esperaba con mucha curiosidad. En prolongadas y muy nocturnas conversaciones telefónicas, tuve el privilegio de que me contase algunos pasajes de viva voz, y algunos fragmentos me los leyó unas horas después de haberlos escrito.

En aquellas charlas sobre literatura, cine y teatro, sobre política o el clima, me contó que ensayaba una nueva forma, que no tenía certeza de lo que saldría con ese material inédito, que temía equivocarse, pero que seguía una intuición y no podía traicionarla. Después calificaba los textos como dudosos o deleznable y reía pronunciando adjetivos terribles con los que podrían ser calificados. Debo confesar que esas dudas tuyas, que entonces me causaron extrañeza, se han tornado con el paso del tiempo en una más de sus grandes, generosas y espontáneas enseñanzas: percatarme del valor que implica para el artista ser fiel a sí mismo, a su intuición, a su arte y la importancia de arriesgar. **LPyH**